



Solo lo que no es sólido se desvanece en el aire

Antonio Lastra

Instituto Franklin de Investigación en Estudios
Norteamericanos de la Universidad de Alcalá

antoniolastra@latorredelvirrey.es

*De ruinas y horizontes. La modernidad y sus paradojas. Homenaje a
Marshall Berman*

Edición de Jorge E. Brenna B. y Francisco Carballo, Universidad
Autónoma Metropolitana/Editorial Ítaca, México, 2014, 361 pp. ISBN
978-607-28-0115-8.

Chesterton acusó una vez a Rudyard Kipling de ser un hereje con el argumento de no conocer Inglaterra por haber conocido únicamente el mundo. La herejía de Kipling consistía, paradójicamente, en opinión del autor de *Ortodoxia*, en haber hecho el mundo más pequeño (*making the world small*). Un siglo después, esa herejía puede haberse convertido en la ortodoxia de Marshall Berman (1940-2013) o, al menos, en la pauta de lectura de un libro como *All That Is Solid Melts Into Air: The Experience of Modernity* (1982, *Todo lo sólido se desvanece en el aire: la experiencia de la modernidad* en la traducción al español), cuya

concepción, como señalaba el mismo Berman en ‘Aún sólido, aún desvaneciéndose’ —el texto testamentario incluido en *De ruinas y horizontes*—, era muy ambiciosa y trataba de dar “una idea de la vida moderna marcada por una amplitud global, una perspectiva cosmopolita que pudiera abarcar no solo mi barrio sino el mundo entero y que pudiera, asimismo, ayudar a hombres y mujeres de todas partes a asumir el control de sus vidas” (p. 43) y cuya recepción, sin embargo, tiene más que ver con un mundo que, pese al fenómeno de la globalización y contra la nostalgia del cosmopolitismo, angustiado por el nacionalismo y encerrado en la jaula de hierro del Estado, solo puede salvarse haciéndose pequeño, tan pequeño, por decirlo así, como un barrio. ¿Qué podía saber del mundo, en efecto, el que no conocía el sur del Bronx?

Esa pregunta daba sentido a la “vuelta a casa” con la que terminaba el excepcional capítulo final de *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, dedicado al “modernismo de Nueva York”, en contradicción con el “modernismo” de las grandes ciudades que Berman había estudiado en los capítulos precedentes, como el París de Baudelaire (que Walter Benjamin había sido el primero en interpretar) o el San Petersburgo de Dostoyevski (cuya transformación en Leningrado interpretaría Joseph Brodsky), y que no permitían tener una experiencia de la modernidad mayor que las pequeñas ciudades, que siempre han sido el lugar natural de la democracia por parecerse tanto entre sí que una cualquiera —el Bronx a finales de los años cincuenta del siglo xx o a principios del siglo xxi— acaba siendo como cualquier otra (cf. Tocqueville, *De la Démocratie en Amérique* I, 5 y Heinrich Mann, *Die kleine Stadt*). Berman lo reconocería al ver reflejado en la generación de su hijo “el poder de recuperación de las ciudades modernas, pero también de los hombres y mujeres modernos, que tienen la capacidad de cometer *urbicidio* y superarlo: de reducir todo a ruinas y



reconstruirlas, de cambiar realidades apocalípticas en agradables realidades urbanas donde cualquiera de nosotros podría sentirse como en casa” (p. 47). Ni interpretar de diversas maneras el mundo ni transformarlo, entonces, sino hacerlo pequeño parecía ser la única esperanza que le quedaba a una humanidad social. La transformación del mundo que Robert Moses había llevado a cabo en Nueva York no podía impedir la interpretación de Berman ni la transformación ulterior del mundo de Moses.

Aunque *Todo lo sólido se desvanece en el aire* se presentaba como una interpretación literal de Marx (véase el segundo capítulo del libro, que tiene el mismo título, y la contribución de Gerardo Ávalos Tenorio, ‘Marx y la modernidad’, a *De ruinas y horizontes*), no sería difícil establecer una comparación con “la domesticación gradual de la idea de cultura” en Emerson y la “economía” de Thoreau, para quienes el crecimiento de las ciudades era una de las amenazas más serias a las que tenía que enfrentarse la democracia en América, o con el “arte como experiencia” que John Dewey había captado en el lanzamiento de tornillos entre los obreros de los rascacielos de Nueva York. En cierto modo, el *American Scholar* —trascendentalista o pragmatista— era una figura sospechosa en la segunda mitad del siglo xx. Pero Berman apuntaría, en la entrevista con el profesor Carballo con la que concluye *De ruinas y horizontes*, hacia una perspectiva mucho más antigua, y mucho menos cosmopolita, de la relación de la filosofía con la ciudad o con las dos ciudades —Atenas y Jerusalén— que, junto a París y Nueva York, habrían marcado su “vida intelectual”, asumiendo que “vida intelectual” significa exactamente lo mismo que “filosofía” y que se trata de una profesión o actividad que no ha perdido su *Heiligenschein* porque no lo ha tenido nunca (cf. *De ruinas y horizontes*, pp. 352-353, y *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, p. 118 de la traducción al español: “Renunciar

a la búsqueda de trascendencia es erigir una aureola en torno a la propia resignación y al propio estancamiento, traicionando no solo a Marx, sino también a nosotros mismos”). La tradición de pensamiento de Berman incluía tanto a Isaiah Berlin y Lionel Trilling como a Jacob Taubes, su “querido profesor de religión” que lo introdujo en la lectura de los *Manuscritos* de Marx para recordarle, en un momento decisivo de su vida, que la venganza no era suya. *Todo lo sólido se desvanece en el aire* era un intento de entender la experiencia de la modernidad, el “gran romance con la vida urbana”, pero Berman no parecía dispuesto a que esa experiencia y ese romance carecieran de la tensión característica entre la filosofía y la ciudad que ha desaparecido por completo en la posmodernidad, de la que fue uno de sus críticos más lúcidos. Solo lo que no es sólido se desvanece en el aire no sería un enunciado del todo impensable en el proceso de “resemantización” —tomando prestado el término de la contribución de Danilo Martuccelli a *De ruinas y horizontes* (p. 77 y ss.)— de la modernidad.

La muerte de Berman ha convertido *De ruinas y horizontes* en un libro de homenaje, que lo será también de referencia. A diferencia de las necrologías publicadas por sus compañeros de *Dissent* (con Michael Walzer a la cabeza: <http://www.dissentmagazine.org/blog/remembering-marshall-berman>), los capítulos de *De ruinas y horizontes* mantienen una distancia obligada, en parte, por la procedencia geográfica e intelectual de sus autores, en su mayoría latinoamericanos y dedicados a los Estudios Culturales, con una fuerte impronta sociológica. Esa procedencia señala en la dirección de “nuevos horizontes que [Berman] no sospechaba cuando escribió *Todo lo sólido se desvanece en el aire*”, como le sugería el profesor Carballo en la entrevista final (p. 352). *De ruinas y horizontes* es, por sí mismo, un libro cuyo problema central es la experiencia de la



modernidad no occidental, no tanto en el sentido de lo que ocurre en los “llamados *países emergentes*” (*id.*) cuanto en el sentido de un occidente en el que los individuos tienen la sensación de estar desarraigados —como los desplazados del Bronx— y convivir con arribistas sin escrúpulos, en medio de lo que un izquierdista afín a Berman como Andrea Caffi consideraba *paccotiglia intellettuale*. Este problema es evidente en la Primera Parte, dedicada a Berman y la teoría social, que incluye, además del capítulo mencionado de Danilo Martuccelli, la contribución de Ricardo Pozas Horcasitas, ‘La escritura de la modernidad’, y la de Sanjay Seth, ‘Modernidad sin Prometeo’. Si podemos albergar dudas respecto a la pertenencia de la escritura moderna de Berman a una escritura constitucional, como indudablemente es el caso de la escritura de Walzer, es difícil mantenerlas respecto a lo que podría significar convertir occidente en una “provincia”, como propone Seth: uno de los presupuestos implícitos de Berman es —tomando prestado el concepto de Hans Blumenberg— la legitimidad de la modernidad. (Una comparación entre Berman y Blumenberg arrojaría muchas luces sobre las diferencias entre hablar de “experiencia” y hablar de “legitimidad” de la modernidad: recuérdese que uno de los primeros lectores de Blumenberg fue Jacob Taubes, que parece haber incorporado a sus enseñanzas americanas todo un mundo de interpretaciones y transformaciones.)

El capítulo de Seth es el umbral de la Segunda Parte del libro, dedicado a la recepción de Berman: desde la “experiencia popular” que estudia Pablo Alabarces hasta la “mitología de fronteras” que estudia Brenna, pasando por el “público brasileño” que estudia Marcelo Ridenti, las “aventuras postcomunistas” de Iván de la Nuez, la relación entre el consumo y el cosmopolitismo que estudia Mica Nava y “el heroísmo de la vida moderna” (o los ruidos de la calle mexicana) del baterista e historiador del arte Pacho. La traducción de *All That Is Solid Melts*

Into Air que llevó a cabo Andrea Morales Vidal para la editorial Siglo xxi de Buenos Aires en 1988 ha sido determinante en todos estos casos.

El problema de la modernidad no occidental se ramifica en “los problemas de la teoría social” en la Tercera Parte: al capítulo mencionado de Ávalos Tenorio se une el capítulo de César Arturo Velázquez Becerril sobre “la provocación hedonista de la modernidad”, el capítulo de Gabriela de la Mora de la Mora sobre el cambio climático y el capítulo de Georgina I. Campos Cortés sobre ‘Las paradojas de la modernidad en la constitución de la plaza pública’.

La Cuarta Parte comprende la entrevista a Berman del profesor Carballo que da título al libro y supone su colofón. Mientras que “Ruina” es un concepto concomitante de la civilización, en la medida en que toda civilización se acumula sobre las ruinas de civilizaciones anteriores y plantea la exigencia de no olvidar o la exigencia contrapuesta de dejar que los muertos entierren a los muertos, “Horizonte” sugiere equívocamente la huida. Que en el horizonte de Berman estuviera “escribir un libro sobre las ciudades que han marcado mi vida intelectual: Atenas, Jerusalén, París y Nueva York” le da a *De ruinas y horizontes* una poderosa reverberación final. Las ruinas son *modernistes*. Los horizontes, que hacen el mundo más pequeño, modernos.